

Hojitas de Fe

Mi vivir es Cristo

230

3. Fiestas del Señor

Vida oculta de Jesús en Nazaret

Entresacado del libro

«Elevaciones sobre la vida y la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo»,
de Monseñor Charles Gay: *Elevación 23.*

Los únicos testigos de la vida de Jesús en Nazaret fueron María y José; nadie más entre los hijos de los hombres debía ver este prodigioso y arrebatador espectáculo; aunque, a decir verdad, estaba reservado a Dios, único digno de contemplarlo. Jesús era aquí, respecto de todo el género humano, lo que Moisés en el Sinaí, cuando, entrando en la nube que lo sustraía a la muchedumbre, conversaba con Dios mismo, y recibía la Ley de manos del Angel que servía de trono y de órgano al Todopoderoso (Gal. 3 19; Heb. 2).

1º Nazaret es Jesús glorificando a su Padre.

La vida oculta de Jesús en Nazaret se presenta a quien la contempla como el derramamiento y la plenitud de todo el ser de Nuestro Señor ante la faz de su Padre. Esta completa eclosión de la vida íntima de Jesús, Jesús se la debía sobre todo a su Padre. El había venido más para su Padre que para nosotros; para adorarlo a El más que para salvarnos; para pagarle la deuda de las criaturas más que para derramar sobre las criaturas gracias, virtudes y dones. Ahora bien, tan santo era este culto rendido a Dios por el Verbo encarnado, que el santuario en que lo ofrecía debía ser un lugar secreto y como impenetrable. La adoración del Padre en espíritu y en verdad es la obra capital de Cristo (Jn. 4 23); aun en su vida pública, declara que «vive para su Padre» (Jn. 6 58); pero antes de entrar en esta vida, antes de instruirnos, curarnos y redimirnos, quiso de manera evidente y como oficial, establecerse en soledad con este Padre celestial, ocupándose sólo con El y de El.

Si tomamos como punto de partida los tres días que, por un designio oculto, Jesús quiso quedarse solo en Jerusalén a la edad de doce años, para mostrarse en el Templo a los doctores de la Ley, hallamos que su vida en Nazaret duró dieciocho años. La historia de estos tres días célebres termina con estas palabras, tan profundas en su sencillez: «Y volvió con ellos [María y José], y vino a Nazaret, y les estaba sujeto» (Lc. 2 51). Se puede, pues, considerar esta fase de la vida oculta del Salvador como dos novenas de años durante las cuales glorifica a su Padre en nombre de la doble creación, angélica y humana, llevando en su corazón y en su oración estas dos creaciones magníficas, y mereciéndoles así la gracia de ser asociadas a su religión y de compartir su sacrificio.

La santa alma de Jesús debió saborear durante estos dieciocho años delicias inefables. Ella era el paraíso terrenal de Dios, y como una creación eminente que Dios poseía absolutamente, gozándose en ella de mil maneras, con total libertad, y tomando en ella toda clase de infinitas complacencias. Mirando esta alma, Dios veía al punto reflejadas todas sus perfecciones, honrados todos sus atributos, confesados todos sus derechos, cumplidas todas sus voluntades. No podía pedir ni recibir más amor y gloria que la que le daba en todo momento este joven obrero de Nazaret.

Pero ¡cómo a su vez Dios era el paraíso de Jesús! ¡Cómo el alma del Hijo de María se derramaba libremente en Dios! Cuando más tarde quiso darse a los hombres, encontró mil obstáculos a sus benéficas efusiones. Muy a menudo sus palabras volvían a El, sus gracias caían por tierra, cuando no eran pisoteadas a sabiendas. Casi en todas partes su amor era desconocido, quedando así ineficaz. No pasaba aquí nada semejante: todo florecía, todo era acogido, comprendido, amado y bendecido; todo alcanzaba su fin y permanecía luego en un reposo inmutable. Semejante a una fuente de la que brota un gran río, la vida de este divino adolescente se derramaba a oleadas continuas, impetuosas pero tranquilas, en el seno de la divinidad que el amor tenía siempre totalmente abierto para él. Nadie podrá narrar estas alegrías; pero ¡qué dicha saber que Jesús las saboreó, y que las saboreó en esta tierra!

2º Nazaret es Jesús como modelo del alma cristiana.

En este campo tan fecundo de la vida oculta de Jesús, el alma cristiana tiene el derecho y el deber de cosechar frutos. La vida de Cristo es una fuente: de ella sale una savia que, fluyendo hasta nosotros, nos hace semejantes a ramas fértiles (Jn. 15 5) para Dios y para la Iglesia entera, la cual no vive sino de Jesús conocido, amado, servido, comunicado y difundido. Y dentro de esta vida, la vida de Nazaret, que ocupa un lugar tan importante en la historia terrena del Salvador, necesariamente ha de tener una importancia capital en nuestra vida cristiana. Esta vida oculta de Nazaret, en la que el divino Maestro permaneció treinta años de los treinta y tres que vivió entre nosotros, es el tipo consagrado de nuestra vida ordinaria, de esta vida privada o doméstica que deben vivir todos los hijos de Adán, cualquiera que sea su condición y su función social. En ella se descubren algunos rasgos que se convierten para todos nosotros en una enseñanza práctica.

1º Nazaret es, ante todo, ***la vida separada del mundo***: no de los hombres, pues en la humilde ciudad en que vive, Jesús no carece de trato con ellos; pero sí de las costumbres, hábitos y espíritu del mundo. Entre Jesús y el mundo está la cruz, esa cruz de que habla San Pablo cuando dice: «*El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo*» (Gal. 6 14). La separación del mundo pertenece a la esencia del espíritu cristiano, puesto que los mismos infantes renuncian a él a través de sus padrinos antes de ser bautizados. Nótese, empero, que Jesús, en su pasión y muerte, triunfa del mundo venciéndolo y derrotándolo; mientras que en

Nazaret parece hacerlo más bien despreciándolo y olvidándolo. ¡Oh Dios mío, danos la gracia de este desprecio que es una justicia, y de este olvido que nos da la libertad!

2º Nazaret es *la humildad*. ¡Qué abismo para un Dios esta morada de la Virgen en parte cavada en la roca, este pobre taller del obrero José, esas costumbres plebeyas, esas indelicadezas de la gente menuda, esas privaciones frecuentes, esa oscuridad completa, esa medida de desprecio que rodea las condiciones vulgares, esa ausencia aparente de toda ciencia, literatura e incluso cultura, esa apariencia de ineptitud para todo lo que los hombres aprecian en este mundo: el crédito, los honores, el poder! Pero también, en esta universal humillación, ¡qué humildad, qué serenidad, qué paz! La paz de la justicia, la paz de las leyes voluntariamente aceptadas, amadas y abrazadas; la paz de las necesidades y de los deseos plenamente satisfechos. Si un arroyuelo de esta fuente regase diariamente el jardín de nuestra alma y el campo de nuestra vida, ¡oh Dios mío, qué flores, qué frutos, qué cosecha abundante y santa saldrían para Ti, para nosotros y para los demás!

3º Nazaret es también *el silencio*. ¡Ah, cómo se callaba en casa de María! El silencio era su atmósfera, impregnando las mismas palabras. Casi siempre se hablaba en voz baja, y ¡qué pocas palabras se decían! Pero ¡qué palabras! Palabras de santos, palabras interiores, celestiales, eficaces, enteramente embalsamadas de gracia; palabras que regocijaban los oídos de los ángeles, dignas de ser oídas por Dios, y, cuando Jesús hablaba, verdaderas palabras de Dios. El mundo es ruidoso y charlatán. Todo lo que es sonoro es hueco. El mundo es hueco; su espíritu es la vanidad, la apariencia, el engaño, la frivolidad, la bagatela, las naderías. De ahí las oleadas de palabras, el prodigioso tumulto de palabras en todas direcciones, y que muchas veces se contradicen. Los cristianos, en cambio, nacen del Verbo, pero de un Verbo que el oído del hombre no puede oír, de un Verbo espiritual que da a luz en el silencio. Si el espíritu de silencio invadiese la tierra, el espíritu del mundo se vería repentinamente expulsado, y Dios establecería fácilmente su reino.

4º Nazaret es asimismo *la oración*, de la que el silencio es como el marco. ¡Oh, qué santuario, qué culto, qué adoraciones, qué alabanzas, qué admiraciones, qué acciones de gracias, qué reparaciones, qué súplicas, que conversaciones, qué trato con Dios! ¡Qué amor que sube y baja, qué flujo y reflujo de justicia y de gracia! El cielo y la tierra viven allí como abrazados. ¡Dichosas las almas que se hacen dignas de sentarse a esta mesa! Aunque sólo lograran las migajas de los manjares sagrados que en ella se sirven, tendrían con qué alimentarse hasta saciarse, y ello durante toda su vida. Nazaret es el misterio de toda alma interior; pero aun aquellas que no lo son, aprenderán de él al menos la piedad. Que se apliquen a ello: un solo paso dado en este lugar bendito hace adelantar más en los caminos de Dios que muchos viajes largos y penosos en regiones menos elevadas.

5º ¿Qué más es Nazaret? *El trabajo*: un trabajo asiduo, a veces penoso, siempre paciente y valeroso; trabajo de santo, pero a la vez trabajo de pobre, y también trabajo de penitente, y por ende, trabajo humilde, humillado, humillante. «Desde

mi juventud –dice Jesús en los Salmos– *he estado en los trabajos*» (Sal. 87 16). Es la ley de nuestra vida, ya antes de la caída, en cuanto que el trabajo es un acto que conduce al hombre a su fin (Gen. 2 15), pero sobre todo después del pecado, en cuanto que el trabajo es duro, doloroso, y tiene razón de castigo (Gen. 3 18-19). ¿Quién no sufre esta ley y no carga con ella? ¿Quién no se siente a menudo agotado y a veces aplastado? ¡Oh, cuánto consuela entonces una mirada a Nazaret! ¡Qué sostén, qué estímulo, qué freno a la queja, qué alivio para la pena, es el espectáculo del Niño Dios derramando su sudor en espera de derramar su sangre!

6º En fin, Nazaret es sobre todo *un lugar de obediencia*: «*Les estaba sujeto*» (Lc. 2 51). ¡Jesús sujeto, sometido como un niño, a dos de sus criaturas! Quienes aquí mandan empiezan por obedecer; el ejercicio mismo que hacen de su autoridad es un acto de obediencia. El hombre se elevó en su orgullo y quiso dominar a Dios; y Dios, en cambio, se rebajó en su humildad y se colocó bajo la potestad del hombre; y ya desde Nazaret nos dice: «*Os he dado el ejemplo para que hagáis como Yo he hecho*» (Jn. 13 15). El cristianismo es un misterio y una doctrina de obediencia; la Iglesia, una sociedad de obedientes; el cielo, una ciudad y una familia en la que todos ponen su corazón, su gloria y su alegría en obedecer a Dios. Nazaret es, en este sentido, la gran escuela cristiana. La dulce obediencia que allí se practica lleva directamente a la obediencia más ruda del Calvario, la que San Pablo llama «*obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz*» (Fil. 2 8). Si el Calvario es el fruto, Nazaret es la raíz y el tallo. ¡Dios mío, haznos comprender y gustar estas cosas, comulgar a tus estados y seguirte en tus caminos!

Conclusión.

¡Oh Nazaret!, morada mil veces bendita, que para el sentido humano pareces una noche, pero para la fe y sobre todo para el amor brillas como un día más radiante que el que nace del sol; primavera de la vida de Jesús, ¿quién podrá describir todos tus encantos? Más vale permanecer en ti un solo día, que entrar y permanecer por siempre en el paraíso terrenal. El cielo te supera en gloria, pero no en santidad. Tú eres como un baño en que el alma se purifica, y un crisol en que se forma. Tú eres un jardín, oh ciudad de las flores, el jardín del Esposo de los Cantares (Cant. 4 12). Tú eres un retiro, un hogar, un festín; tú das a gustar «*el maná escondido*» del Evangelio (Apoc. 2 17). Nada se asemeja como tú a un sagrario. Sólo pensar en ti despeja el alma, la serena, la recoge y la eleva. Si Jesús resucitado, al salir de su Pasión, en lugar de sentarse hasta el fin de los tiempos a la diestra del Padre, hubiese querido prolongar su morada en esta tierra, tú serías, oh Nazaret, la morada que El habría elegido. Y en todo caso, eres tú, oh Nazaret, donde sin duda elegiríamos nosotros vivir y morir, aun sabiendo que nuestra dicha es vivir y morir donde Dios quiera.